

indiscutiblemente en sus novelas. El paso de un hecho patológico —el crimen del pintor Pablo Castel, que asesina a su amante en *El túnel*— a la ruina de una clase social, la vieja aristocracia corroída de locura e incesto de *Sobre héroes y tumbas*, hasta la degradación generalizada y furiosa de la última novela, *Abaddón, el exterminador*, que ataca al autor mismo, obligándolo a bajar entre sus personajes y compartir su trágica caída; este paso habla de por sí sobre la amplitud y profundidad del mal en la obra de Ernesto Sábato, así como de su progresiva exacerbación. En la fase última, el mal alcanza el horror y se proyecta apocalípticamente sobre toda la civilización. La vida entera se convierte en una acechanza y una trampa tendidas pérfida y constantemente a todos. De aquí la sensación de «mirada desde atrás», de persecuimiento y conspiración universal que experimenta y versa sobre el mundo trascendente e imanente el protagonista de *Abaddón, el exterminador*. Sospecha éste o, mejor dicho, está seguro de que lo nocturno puede disfrazarse bajo cualquier color, ser o acto. Incluso los niños, quizás, «fingen» jugar.

En la *Weltanschavung*, de Sábato, el mal aumenta, pues, sin cesar como espacio ocupado e igualmente como formas de manifestación. Lo prueba el hecho de que, en su obra literaria, cada novela revela nuevas dimensiones de alienación y deterioro. *El túnel*, que apenas anuncia lo que será la soteriología sabatiana, implica ya un elemento básico sorprendente: a diferencia de tantos autores de crímenes pasionales novelados en varias literaturas, Pablo Castel no mata cartesiana-mente, «pese a que» ama, sino dostoievskianamente, «porque» ama, porque —precisa Sábato— para el pintor el querer y el matar se ensartan a continuación en la misma ansia del absoluto. En *Sobre héroes y tumbas* aparecen nuevas dimensiones, esta vez categóricamente sabatianas: la organización del mal en una potencia subterránea que gobierna mediante la Secta de los Ciegos y la agravación del carácter demoníaco de Fernando, que reemplaza la irascibilidad de Castel por un siniestro complejo: la furia contra los demás, el desdén de sí mismo y el orgullo de ser canalla. Nueva nos parece ser especialmente la voluntad de profanación, antes inexistente, pero ahora vehementemente activa en los desafíos de Alejandra en su adolescencia y más tarde en el cúmulo de incesto, crimen y suicidio por el fuego. En fin, *Abaddón, el exterminador* aporta otros elementos importantes en cuanto a la extremada proliferación del mal. Este proceso se nota, en primer lugar, en la aparición de un tema nuevo y terrible: la tortura, como suprema forma de deshumanización, y en segundo lugar, en la escalada de la crueldad, la estupidez y la infamia que señorea en el álbum de atrocidades reunidas por Nacho. Las charlas cínicas de Quique y

su aumentado papel operan en el mismo sentido: acrecentan la sensación de que la economía, la política, la técnica, el arte, el amor son invadidos y sometidos a la teratología. Concomitantemente, un cambio correspondiente se deja sentir tanto en la actitud del autor-personaje —menudean los signos de interrogación ansiosa— como en el tono del relato —la ironía se vuelve sátira implacable; las figuras se convierten en caricaturas; los hechos acaban en parodias o simulacros.

HIBRIS DE LOS VALORES

Todos estos cambios podrían quedarse en lo exterior, como en un pintor que pasara de ninfas retozonas a brujas repugnantes. Cambio en el objeto, en el panorama. No es este el caso de Sábato. Su soteriología penetra dentro y hondamente, representando de modo estremecedor las causas y el mecanismo íntimo de la progresión deteriorante.

Naturalmente, la causa de las causas reside en la crisis del hombre contemporáneo o, más exactamente, de un cierto tipo de civilización, pero su indagación superaría en mucho el horizonte soteriológico. En su mayor y más importante parte, la salvación es determinada por las causas mediatizadas de la crisis, es decir, por los procesos aberrativos en que se incorpora. De todos ellos, nos detendremos en la hibridación de los valores. Con la sutileza y fuerza de penetración que son propias de su pensamiento lógico y poético, Sábato pasa más allá de los análisis de los filósofos que, desde Nietzsche, siguen tratando de la *Umwertung aller Werte*, así como va más lejos de los artistas que han representado de varios modos las monstruosidades engendradas por aquel trastorno de valores.

Desde el punto de vista axiológico, la discusión de los casos de hbris se mueve en un campo de desconcertantes paradojas. Calificativos opuestos se juntan para engendrar figuras como el fanático de la razón (ejemplo, entre muchos, Robespierre), el fanático de la tolerancia (el pastor norteamericano, ex boxeador, que provoca a un *match*, para convencerlos, a los que no creen en la tolerancia) y, sobre todo, el fanático del sacrificio (el bombero que prende fuego a las casas para poder salvar luego valientemente, arriesgando su vida, a los habitantes —no quemados—). En estas condiciones, la labor soteriológica se torna muy difícil. En el último caso, el bombero debería ser condecorado por héroe y luego ahorcado por asesino.

En plano artístico, los casos de hbris llegan a apasionar, especialmente en las manos de un novelista como Sábato, de inmejorable vocación para problematizar la existencia humana. El análisis de tales

casos supone ordenar sus mecanismos de producción, a base de las relaciones entre las calidades valóricamente contrarias.

La primera y la más frecuente relación posible es la *yuxtaposición híbrida*, en la que el término negativo anula al positivo. A este tipo pertenecen, dramáticamente, la «madrecloaca» de Martín y, cómicamente, el autor de un libro sobre la muerte y la soledad, quien festeja la aparición de su obra por un exuberante y bien surtido *cocktail*.

Más turbio y peligroso se presenta el hibris causado por la *ósmosis monstruosa*. Entonces se rompe la línea separadora y el mal irrumpe dentro del bien, con el resultado de crearse un ser dual, culpable e inocente, sometido a impulsos contradictorios, a la tensión permanente y a la caída trágica. Sobre estos datos ha creado Sábato el extraordinario personaje de Alejandra, princesa en cuya alma ha penetrado el dragón, naciendo así un ser horroroso y fascinante: rosafango, niña-murciélago. El novelista descubre y avalora, de este modo, una inédita y terrible fuente de trágico: la desaparición de los guiones.

La tercera y de más cuidada modalidad relacional es la que efectúa una *transferencia del aura*, con la consecuencia de no saber más cuáles son y dónde están los términos. Un ejemplo sobre qué se podría escribir un libro lo constituye Fernando, verdugo y víctima a la vez, anti-héroe, *pero* con aureola, aureola, *pero* negra...

Paso por alto otros casos de hibridación de mecanismos más sencillos y, sin embargo, literaria y sumamente fértiles: la degradación debida al tamaño (el cartesianismo de bolsillo, cerril y obtuso, del doctor Arrumbide) o a la envoltura extravagante que oculta y ridiculiza el contenido de un mensaje esencial (las especulaciones del profesor Gandulfo acerca de la derrota de Dios por el diablo).

Si dentro de la creación literaria de Sábato la fuerza misteriosa del mal aparece, en general, como el medio principal para cifrar la existencia, la hibridación es la sede de la enigmatización. La profunda inquietud que provoca, la inventividad y el virtuosismo que implica su tratamiento novelesco proporcionan decisivamente la inconfundible tonalidad del arte narrativo sabatiano.

PANDEMONIUM Y APOCALIPSIS

Conforme a la soteriología sabatiana, las formas extremas que puede revestir el mal—el pandemonium y el estado apocalíptico—ostentan la tendencia de constituir un sistema general y delirante, pero no cerrado, no definitivo, y precisamente este carácter tendencial las hace permanecer, como lo veremos, reversibles y redimibles. Con esta precisión pasemos al primer caso y digamos que es obvio el

hecho de que el sistema pandemónico tiende a absorber con creciente voracidad nuevos y nuevos sectores de actividad y valores humanos. En su afán de universalidad, semejante al que Giovanni Papini inculcó a *Gog, Abaddón, el exterminador* ambiciona «satanizar» el mundo, e incluso el cosmos, por una *reductio ad absurdum* y un *triumphus mortis* todopoderosos. En el segundo caso, el apocalíptico, el mal se supera, para decirlo así, a sí mismo, llega a una especie de «horror de segundo grado», que parece no poder acabar sino en holocausto.

¿Qué semblanzas ofrecen, en la versión de Sábato, la *città dolente* —la capital demoníaca— y la *perduta gente*, la parte del género humano aquí atraída? El Pandemonium se levanta sobre un suelo abonado por «ificaciones» y «latrías». El mal se nutre de masificaciones, plasticificaciones, mistificaciones, y prolifera a fuerza de egolatría, tecnolatría, sexolatría, etc. El paisaje y el ambiente de la ciudad del dolor congojan por su carácter crepuscular y planetario, evidente en muchos pasajes impresionantes por la visión de un mundo finimilenario. El crepúsculo sugiere a veces el aspecto violento de la muerte atómica:

una luna turbia y radiactiva iluminaba un mar de sangre que lamía playas amarillentas. Más allá de la playa se extendían inmensos pantanos... (*Sobre héroes y tumbas*, p. 390).

Y otras veces asume el semblante de la muerte callada, implacable:

El día comenzaba a declinar y era como la espera del fin del mundo, no catastrófico, sino apacible. Pero total y planetario. Un conjunto de inminentes cadáveres, gente ansiosa en la clínica de un famoso cancerólogo, en receloso silencio recíproco... (*Abaddón, el exterminador*, p. 84).

Las cosas cambian —¿o se confirman?— al acercarnos a la ciudad. Durante el día, en los barrios residenciales y las oficinas funcionales del centro de Pandemonium, empresarios elegantes —Molinari, Rubén Pérez Nassif— están muy atareados en explicar patriótica y dignamente la libertad de los jóvenes obreros parados de morir de hambre y la correlativa libertad de los traficantes de enriquecerse hasta durante el sueño; mano a mano con la economía, florece la política de «coima y robo», que organiza, como compensación, en las plazas públicas, atinadas imitaciones de la noche de San Bartolomé, mientras muy cerca, en ciertos subterráneos, Marcelo es torturado hasta que piensa con alegría: «Ahora voy a morir.» Sus verdugos empaquetan el cadá-